

no de hombres sino de Dios? ¿Y si los apóstoles no hubiesen visto por sus mismos ojos á Jesucristo despues de resucitado, si no hubiesen recibido sus instrucciones, hubiesen tenido valor para emprender su predicacion, y desafiar los tormentos y la muerte que pudieran sobrevenirles para su constancia en la propagacion del Evangelio, como sucedió en efecto?

Ved pues la primera maravilla que resplandece en el establecimiento de la religion: el ser sus propagadores hombres pobres, sin reputacion y sin proteccion de persona alguna. ¿No hay en esto algo superior á quanto puede concebir la humana inteligencia? Los milagros confirmaron la doctrina de los apóstoles, y esto á no dudarlo era un grande apoyo para que fuesen recibidos y escuchados. Para ellos no habia idioma desconocido á pesar de su rusticidad natural, pues que estaban ya iluminados para llevar á cabo la obra á que el Señor les destinara: ya veis que todo es sobrenatural, toda la proteccion es del cielo, y en la tierra no cuentan con otra cosa que con el odio y las persecuciones. A caso me hablareis de la estension del imperio del falso profeta de la Meca: pero esto como dice un sabio escritor (1), es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero como observa Pascal, respondiendo muy exactamente á una objecion reproducida despues mil veces con descaro: «Jesucristo y Mahoma tomaron rumbos y medios tan contrarios, que supuesto el triunfo de Mahoma, debió frustrarse el plan de Jesucristo y perecer el cris-

(1) Frayssinous.

»tianismo, á no haber sido sostenido por un poder totalmente divino (1).

¿Acaso por la brillantez y hermosura de la doctrina que enseñan, era fácil que encontraran partidarios y seguidores? Volved de nuevo la vista y fijad vuestra imaginacion en las ideas impresas en los corazones carnales de los judíos. Ellos esperaban un Mesías, pero como quiera que acomodaban á su capricho las profecías de la Escritura, esperaban que su nacimiento hubiese estado rodeado de grandeza; ¿cómo pues dar fé á los que les anuncian un Mesías que nació pobre, que recostó su cabeza sobre humildes pajas, que en suma se presentó al mundo en el estado de mayor pobreza? Aun hay mas, los hombres idólatras estaban acostumbrados á no tener regla de costumbres: las suyas eran las mas absurdas: su Dios eran los vicios. Y qué ¿deberian recibir gustosos una nueva doctrina que morigeraba sus pasiones, que enseñaba la humildad hasta el desprecio de sí mismo, el amor de Dios por la práctica de las virtudes, el amor del prójimo, hasta el extremo de hacerle bien? ¿Que predicando la castidad y la pureza de vida, condenaba los bienes que mas le halagaban? Los objetos de sus distracciones y diversiones eran la asistencia á las fiestas licenciosas de Baco, ó el entretenimiento en las reuniones donde la diosa Venus presidia. Un eminente escritor y orador sagrado, no puede menos de reconocer la verdad de la religion cristiana, al ver la transformacion que causó en los corazones paganos, y esclama entusiasmado: «La cruz ha triunfado de los corazones, y tengo por mas glorioso haber conseguido

(1) *Pensées*. chap. XVII, v. 7.

»tan hermosa victoria, que haber cambiado el órden
»del universo, porque nada veo en el mundo mas
»indócil, mas fiero ni abominable que el corazon del
»hombre (1).»

Fijad os ruego, vosotros los que sabeis discurrir; fijad vuestra vista en la transformacion admirable de aquellas gentes, y al contemplan los grandes triunfos que de ellos logran los apóstoles, sin mas armas que la persuasion, y pronto tendreis que convenir en que fué obra de Dios, y por consiguiente que la religion católica es verdadera y divina. Porque de otro modo, no es fácil concebir que una docena de hombres desconocidos, pobres, y sin reputacion alguna, puedan por solo su palabra mudar las costumbres, los usos, las inclinaciones y hasta las leyes de un pueblo. Esto solo se hace con la asistencia de Dios, y como quiera que Dios no asiste á las obras falsas, resulta como consecuencia lógica, ser verdadera y divina la religion católica en que hemos tenido la dicha de nacer y en la cual vivimos.

Además, señores, la época de la predicacion de los apóstoles, como nota oportunamente un autor (2), no fué ciertamente una época de ignorancia y de barbarie: nació en la época de Augusto, en aquellos mismos tiempos en que las luces ilustraban á Europa, y principalmente al imperio romano: por esto no tendria fuerza el argumento que pretendiese probar que la ignorancia de los pueblos atrajo seguidores al Evangelio. La herencia que la Iglesia recibió de su Fundador divino fué la persecucion, y por esto en todos los siglos, en cual mas en cual menos, ha sufrido fuertes

(1) Bossuet. Primer Serm. Pour l'Exalt. de la Croix. primer cap.
(1) Frayssinous. Defensa del Cristianismo.

ataques, ora por las persecuciones de los enemigos del nombre cristiano, ora por los eismas y herejías. En las persecuciones fué notable el valor y la fé de tantos ilustres héroes, que gustosos é intrépidos sellaron la religion con su sangre en los mas crueles martirios. ¿Y qué historiador sagrado ni profano ha negado la crueldad de los martirios empleados por los emperadores para borrar el nombre cristiano? Pero tales eran los progresos del catolicismo, que Tertuliano afirmaba que destruir por completo á los cristianos era lo mismo que dejar á la sociedad sin ciudadanos, y sin vasallos al trono. ¿Y quién al ver aquellos terribles aparatos, al observar que preparadas estaban siempre las cadenas, los potros, las hogueras, las parrillas, los toros de bronce, las cuchillas, los garfios y tanto género de suplicio para los adoradores de Cristo y profesores de la nueva religion, no hubiese creído que ella hubiese muerto en su misma cuna? ¡Ah! esto lo hubiera creído seguramente el que ciego á la luz de la razon y de la verdad hubiese juzgado que el cristianismo era obra humana. Empero el hombre de razon que observase y estudiase con detenimiento la santidad de la nueva moral que se predicaba al mundo: que observase la fé y la constancia de los mártires en sus suplicios, y finalmente los grandes triunfos que cada dia adquiria la religion, no podria menos de confesar su divinidad y su verdad, conociendo la certeza de aquellas palabras de Jesucristo en que ofreció á Pedro que su fé no seria estinguida (1), y tambien que las puertas del infierno no prevalecerian contra su Iglesia (2).

(2) Ego pro te rogavi Petre, ut non deficiat fides tua. Luc. cap. XIII, v. 32.

(2) Et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Math. cap. XVI, v. 18.

Y en efecto, el infierno hizo siempre cuanto pudo por derribar la obra del Señor; pero sus esfuerzos estrelláronse siempre contra las firmes columnas suscitadas por Dios para sostener su Iglesia. Cuán grandes fueron los combates de los heresiarcas contra la Esposa de Jesus es indecible, como asimismo los triunfos conseguidos por el celo y sabiduría de los Padres. Aun humeaba aquella inocente y preciosa sangre vertida en el Calvario; aun resonaba por todas partes el eco de la voz de los apóstoles, cuando aparecieron los primeros heresiarcas combatiendo á la Iglesia, ya en su moral, ya en sus dogmas. Dios vigila siempre por ella, y como le hubiera ofrecido proteccion y estabilidad, apenas el infierno presenta como instrumentos de sus diabólicas maquinaciones á Basilides, Marcion, Montano y otros semejantes, suscitó varones apostólicos que les combatieran y destruyeran sus pérfidias doctrinas. Arrio, Apolinar, Macedonio y otros aparecen en el siglo IV vomitando errores y blasfemias contra Cristo y su Santísima Madre; empero se encuentran frente á frente con San Agustin, el Crisóstomo y San Gerónimo, que llenos de ciencia y de fé les vencen en el terreno de las discusiones. Asi sucesivamente en todos los siglos para contrarestar á los autores y propagadores de las herejías, ha suscitado el Señor varones santos y sábios, que destruyendo á los enemigos de la Iglesia y su doctrina, han sido columnas y firmes sustentáculos de la militante Jerusalem.

Así de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, la religion de Jesucristo háse mostrado brillante y pura á la faz de las naciones, y ora respetada y amada, ora aborrecida y perseguida, jamás han podido blandearse sus cimientos, porque está sostenida por el dedo de Dios,

y el dedo de Dios no se blanda. ¡Ah, señores! que yo fijo mi vista en la fundacion de la Iglesia católica, observo las grandes maravillas que acompañaron á su establecimiento; y al contemplar tantos y tan repetidos triunfos; al ver que no usaron los apóstoles ni sus discípulos de otras armas que la persuasión; al considerar que la doctrina que predicaban era contraria á los usos, costumbres y leyes que los hombres observaban; al ver las persecuciones que tuvieron que sufrir, todo me hace conocer que la religion católica es la única verdadera, confirmada por multitud de milagros.

Señores: lo que á mí no puede menos de admirarme, lo que me hace verter lágrimas de desconsuelo, es el observar que llevando la religion de Jesucristo cerca de diez y nueve siglos de existencia, que estando confirmada con tantos prodigios, haya, no extrajeros á nuestras creencias, sino hijos de esta misma Iglesia, que han sido regenerados con el santo bautismo, que se revelen contra esta amorosa madre negando las verdades que ella nos propone, y contradiciendo y oponiéndose á sus ritos y prácticas. Y lo mas notable, que esto se hace encubriendo las acciones con el velo del catolicismo. ¿Qué otra cosa es mas que un jansenismo, el oponerse al culto público, poniendo por pretesto el celo porque no haya irreverencias? ¿Querer suprimir el oro y la plata y las piedras preciosas que adornan el Tabernáculo del Señor, con la sana intencion de que no sean robadas por la codicia de los ladrones? Hombrés celosos, reformadores de la sociedad, los que gozais viendo pobre y miserable el santuario, al mismo tiempo que en vuestras casas resplandece la profusion, ¿quereis hacernos creer vuestro catolicismo? Pues si hemos de seguir vuestra lógica, suprimamos para siem-

pre la religion católica , porque de existir ha de haber necesariamente quien la ultraje , y derribemos los templos por temor de que sean profanados. Vosotros impíos asolapados, los que directa ó indirectamente haceis la guerra á la Iglesia de Jesucristo , sois para ella mas perjudiciales que los mismos herejes , pues que aquellos combatian de frente , y vosotros encubiertos con la negra capa de la mas refinada hipocresía. ¿Seriais capaces, por ventura , de hacer eclipsar con vuestros esfuerzos la luz del sol que nos alumbrá? Pues tampoco podreis eclipsar la brillante luz de la esposa inmaculada del Cordero. La perseguireis , la despreciareis , pero bajareis al sepulcro , y ella quedará triunfante , mientras que vosotros penareis eternamente en el infierno.

No lo permitais, Redentor amabilísimo de nuestras almas : antes por el contrario, conceded vuestras luces á todos los enemigos de vuestra religion augusta , á fin de que estudiando las maravillas de su establecimiento y triunfos , se persuadan de que ella es la única verdadera , y que fuera de ella no hay salvacion. De este modo llorarán su pasada infidelidad , y reconciliándose con Vos por el sacramento de la Penitencia, vivan en adelante en el cumplimiento de la divina ley, convirtiéndose como otro Saulo de perseguidores de vuestra Iglesia santa en sus mas ardientes defensores. A ellos y á todos nosotros dadnos vuestra divina gracia, á fin de que permanezcamos siempre fieles á nuestra madre la Iglesia , y que practicando las virtudes que ella nos enseña , merezcamos un dia ser ciudadanos de la patria celestial , pues así lo esperamos por nuestra decidida voluntad de permanecer todo el tiempo de nuestra vida obedientes y sumisos á nuestra religion

augusta. Llegue, Señor , el dia feliz , y sobre toda ponderacion dichoso , en que los que hemos permanecidos fieles hijos de vuestra Iglesia , podamos decir en la gloria , al ver vuestro divino rostro , las espresiones de San Pedro consignadas en el Evangelio de este dia. ¡Señor, cuán bueno es permanecer aquí! *Domine bonum est nos hic esse.* ¡ Así sea ! ¡ Así sea !...